

EL TORREÓN DE LAS
MUÑECAS
GUILLERMO TATO



I

Era una fría y lluviosa tarde de mediados de noviembre. Silvia observaba la ventanilla desde el interior de la furgoneta, concentrada en las gotas que se iban deslizando por el vidrio. Iban formando líneas irregulares a medida que cruzaban el cristal. El cielo había estado nublado durante todo el día, como el estado de ánimo de la joven reportera. Era sábado, y llevaba varios días dando vueltas en la furgoneta junto a Ricardo, su compañero y cámara del equipo. Silvia trabajaba en un programa de televisión, “Nuestros vecinos”, en el que debía recoger declaraciones de personajes de la calle. Un tipo de formato (conocido a menudo como docurealidad) que había triunfado mucho en los últimos años en todas las televisiones. Pese a ello, Silvia lo consideraba como una forma de abaratar los costes de los programas y de crear un producto sobre una falsa realidad. No es que Silvia no estuviera a gusto en el programa, sino que siempre pensaba que conseguiría una oportunidad mejor dentro del mundo del periodismo. Algo más importante. El programa se emitía en una de las televisiones locales de la provincia de Madrid y llevaba varios meses en antena. Tras unos primeros datos de gran audiencia, había ido perdiendo seguimiento, lo que no invitaba al optimismo de cara a una posible renovación por parte de la cadena.

Pero en ese momento Silvia no pensaba en nada de eso. Estaba concentrada en las gotas que recorrían el cristal del coche. Era una forma, como otras muchas que había ido improvisando durante el viaje, de ignorar a Ricardo.

Si existía alguien en el mundo con quien no tuviera nada que ver, ese era su compañero de trabajo. Mientras que Silvia se consideraba estudiosa, inquieta y educada, Ricardo era grosero, simple y más preocupado por los resultados deportivos que en el devenir de la política mundial. Por ese motivo los viajes a su lado solían ser extremadamente aburridos.

Silvia abrió la guantera, desordenada debido a la costumbre de su compañero de comer en cualquier sitio y dejar los envoltorios en su interior. Echó un vistazo asqueada y tras revolver unos cuantos envases de comida y varias facturas, logró localizar su libreta. La abrió para recordar el itinerario de producción que se había preparado para el programa. Ya habían visitado varios barrios de Madrid y solo les quedaba una localización donde grabar. De manera excepcional, habían conseguido permiso de la productora para viajar hasta Barcelona. El hecho de viajar fuera de la provincia era algo sumamente extraño, más aún teniendo en cuenta que el programa se emitía en una cadena local. La presión de Silvia había conseguido dar sus frutos, por primera vez en muchos años. Marcos, su productor y jefe de la empresa, era bastante estricto con ella desde que se había convertido en reportera del programa. Era el típico treintañero salido de uno de esos posgrados de economía y empresa que había recibido la productora gracias al dinero de su familia y pensaba que podía revolucionar la industria audiovisual únicamente con su talento. Sus conocimientos del medio eran escasos (algo bastante habitual en ese negocio), pero eso no impedía que diese órdenes y tuviera ideas como si fuesen la clave del éxito. Silvia no se sentía cómoda a su lado, ella era demasiado reservada como para enfrentarse a personas tan seguras de sí mismas. Pese a todo, la propuesta de Silvia de viajar a Barcelona había despertado la curiosidad de Marcos, quien estaba cansado últimamente del ámbito local en el que operaba la productora, y esperaba que de esa forma pudiese repuntar la audiencia.

El itinerario consistía en conectar de forma eficiente, a nivel de producción, los distintos lugares en los que tenían que grabar, relacionados siempre con el tema del programa. En esa ocasión se trataba de un especial sobre síndrome de Diógenes, un problema que se desarrollaba principalmente entre ancianos,

pero que también afectaba (de forma incluso aún más grave) a los vecinos de estas personas como víctimas colaterales de la suciedad y los malos olores. Gracias a varios de sus contactos, Silvia había conseguido realizar varias grabaciones en distintos barrios de Madrid aunque ninguno de los casos resultó ser especialmente llamativo. Para su sorpresa, a mitad de la producción, recibió un email de uno de sus antiguos compañeros de estudios en Barcelona, seguido de una dirección.

“Querida Silvia,

Ha llegado a mis oídos que estás preparando un programa sobre el síndrome de Diógenes. Por casualidad hace unas semanas escuché hablar de un caso de este estilo en el Eixample, uno de los barrios más céntricos y fascinantes de Barcelona. Estoy seguro de que una vez lo investigues no te arrepentirás.

Un saludo,

Lluís”

Fue el tono crítico del mensaje lo que al final convenció a Marcos de alargar el recorrido hasta Barcelona, aumentando la producción del programa. Silvia releó con cuidado cada una de las palabras del email, escritas a mano en su libreta (como siempre le había gustado trabajar), esperando encontrar un significado más allá de lo aparente. La emoción de descubrir la palabra "investigar" en el email era motivación más que suficiente para ella. ¿A qué se referiría? ¿Qué podía haber en ese caso que no hubiera visto en los anteriores? En general los enfermos de Diógenes tendían a homogeneizarse, con historias siempre similares. Ancianos a los que sus familias habían dejado de lado y que empezaban a almacenar basura en su casa, basura a la cual le otorgaban un falso valor sentimental o económico y vecinos que llamaban a policía y bomberos quejándose por el mal olor. Sus mentes, quebradas por la fatiga de los años, ya no percibían el espacio insalubre en el que habitaban con desagrado. Habitados como estaban a convivir entre la basura, se volvían codiciosos de su intimidad, recelosos y paranoicos. Temían a las voces de las paredes y a los rostros que veían por sus ventanas. Se volvían cada vez más

reservados, llegando incluso a tener episodios violentos con algunos vecinos. En la mayoría de los casos, los bomberos llegaban a las casas para sacar toda esa basura, con el único resultado de que a los pocos meses los ancianos ya la habían vuelto a llenar de basura.

Silvia pasaba las páginas de la libreta, hasta llegar a los pocos datos que había podido obtener en su investigación sobre la anciana a la que debían visitar. La mujer se llamaba Antònia y según parecía representaba el clásico caso de renta antigua que había ido arrastrando durante años. Y eran muchos, pues los archivos se remontaban a antes de la Guerra Civil, sin que encontrase la fecha oficial de su establecimiento en el edificio. Con total seguridad habría vivido en aquel piso con su familia y posteriormente, tras el fallecimiento de los padres, pasó a heredarlo. En cuanto a los suministros del piso, Silvia no pudo encontrar ningún dato relevante. Todo daba a pensar que Antònia no disponía de ningún tipo de comodidad: no tenía agua, electricidad, televisión ni, por supuesto, teléfono. Silvia se la podía imaginar sola, viviendo en un oscuro agujero infecto, sin saber cuándo era de día o de noche y sumida en sus propios recuerdos. Algo no muy alejado de lo que había temido siempre para su propia vida. Pese a sus aires de mujer moderna, autosuficiente y con grandes inquietudes laborales, Silvia se sentía aterrorizada ante la idea de quedarse sola. Puede que su obsesión por triunfar fuese una forma de conseguir una garantía de cara a no sentirse abandonada, pues nadie que triunfa vive solo. O al menos es lo que ella quería pensar.

- Menudo día de mierda – se quejó de forma amarga Ricardo mientras se encendía un cigarrillo con el encendedor del coche.

- Presta un poco más de atención a la carretera, ¿quieres?

Ricardo siguió murmurando quejas sobre la carretera y sobre el tiempo, pero para Silvia sus palabras se fueron confundiendo con el sonido de la lluvia en el exterior. No le apetecía seguir escuchando sus constantes quejas. Afuera, un cartel indicaba que quedaban pocos kilómetros para llegar a la ciudad Condal.

Por fortuna para Silvia no tardaron mucho más en llegar al céntrico hotel. En cuanto aparcaron, recogió sus cosas del maletero y subió con rapidez a

su habitación, donde se encerró, alejada lo más posible de su compañero. A diferencia de ella, a Ricardo no le gustaba mucho Barcelona, hecho como estaba desde hacía años a la vida madrileña. A Silvia, en cambio, en las veces que había estado allí siempre le había parecido una ciudad encantadora. El Paseo de Gràcia, la Sagrada Familia, el Barrio Gótico, el Parque Güell. Todo en aquella ciudad le parecía maravilloso. El hotel no se encontraba muy lejos de la casa de Antònia (situada en el distrito del Eixample), pues estaba cerca de Glòries, una zona bastante menos vistosa que el elegante y majestuoso centro de la ciudad. Las pocas veces que Silvia había regresado a Barcelona tras acabar sus estudios había sido siempre acompañada de su novio, Alberto. Alberto tenía parte de su familia en Barcelona y siempre que podía en alguna ocasión especial, habían hecho alguna escapada hasta allí. Mientras Alberto se encargaba de los compromisos, Silvia se recorría las calles de la ciudad, fascinada por la sensación de cercanía y de no ser una extraña, que sentía en cada una de sus calles. Esas mismas calles eran las que observaba en ese momento desde el balcón de su habitación, sentada con su libreta en la mano, donde garabateaba unos apuntes para la grabación del día siguiente. Siempre tenía las mejores ideas para el programa o se le ocurrían las preguntas más ingeniosas justo la noche anterior, cuando podía despejar su mente de todos los asuntos triviales que la habían ido atormentando durante el día. El sonido de la televisión la sacó un momento de sus pensamientos. Tenía por costumbre dejar la televisión encendida, como una compañera infatigable que la hacía sentirse menos sola. Pero esa vez le resultaba molesta y le impedía concentrarse en su trabajo. Antes de apagarla, observó que estaban dando el telediario y salían imágenes de Barcelona. En ellas se mostraba la entrada de un hospital, frente al cual una reportera de aspecto cansado hablaba a la cámara. Silvia subió el volumen del televisor.

- ...las autoridades aún no han presentado ningún avance en la investigación de la desaparición de varios bebés en distintos hospitales de Barcelona en las últimas semanas. El principal foco se está produciendo en el Hospital de la Vall d'Hebron donde, hasta la fecha, ya han desaparecido cinco criaturas de las incubadoras. La investigación sigue su curso mientras los familiares

continúan indignados tanto con los responsables de los hospitales, con los Mossos, como con los políticos de la capital catalana quienes no han realizado aún ninguna...”

Silvia apagó el televisor, aunque la noticia le parecía fascinante, no tenía tiempo que perder de cara a preparar la grabación del día siguiente. No eran muchos los datos que tenía sobre Antònia o sobre el caso, pero Silvia empezó a tomar notas más concretas. Era una chica bastante previsor, aunque en el fondo aquello no era más que una forma de evitar lo imprevisto, algo que temía enormemente. Siempre recordaba un momento de pequeña, cuando en una obra de teatro infantil en la que tenía un breve papel, se olvidó por completo de sus frases. Un sudor frío se adueñó de su frente, poblada de pequeñas perlas de agua. Su mente se quedó en blanco, mientras aguantaba las miradas penetrantes de los padres, atentos por primera vez a la obra cuando notaron que algo estaba saliendo mal. “La gente está siempre más atenta a lo que sale mal que a las cosas bien hechas”, solía pensar Silvia. Sonrojada, salió corriendo del escenario, escondiéndose en la seguridad de los camerinos. Tras ese incidente, se pasó toda la noche llorando en su habitación, culpándose por no haber repasado su texto más veces. Su padre, entró y la abrazó para consolarla. Al recordarle, Silvia no pudo evitar echarle mucho de menos. Hacía muchos años de su muerte, pero el dolor seguía siendo igual de intenso. En ese momento, sonó su móvil.

Al descolgar, no reconoció en un primer momento la voz de su interlocutor. Era una voz algo cansada, como de alguien con asma, excesivamente fatigado. Tras unos instantes, por fin logró identificarlo, se trataba de Lluís, el compañero que le había pasado la información de Antònia en aquel misterioso email.

- No sabes quién soy, ¿verdad? – le preguntó Lluís con su pronunciado acento catalán. Silvia había estudiado un posgrado en Barcelona después de acabar la carrera de Periodismo en la Complutense. A Silvia siempre le había parecido importante, como periodista, poderse formar desde diferentes puntos de vista para así tener una mejor perspectiva a la hora de dar el salto como profesional. Lo que no sabía es que se acabaría dedicando a recorrer las calles buscando freaks, en lugar de al periodismo serio. Durante aquel periodo,

Lluis y ella tuvieron un breve romance, justo al finalizar el máster. Una vez acabó, Silvia regresó a Madrid, dejando la relación con una extraña sensación de que podría haber continuado si ella se hubiera quedado. De hecho, no sabía hasta qué punto Lluis seguiría enamorado de ella, o bien la odiaría por su marcha.

- Claro que sé quién eres, Lluis. - La pequeña mentira se le escapó de forma completamente natural. - Estaba algo liada con los apuntes para mañana.

- Tenemos que vernos. - El tono de Lluis era definitivamente preocupante. No era la típica llamada que se podía esperar de un antiguo amante. Había una extraña urgencia en su voz. Una inquietante forma de saltarse los preámbulos típicos en esas situaciones.

- Claro, creo que mañana terminamos de grabar sobre las...

- Digo ahora. Necesito verte ahora.

Silvia echó una fugaz mirada al reloj en su muñeca. Sin darse cuenta, había estado tomando notas durante más tiempo de lo que creía y ya pasaban veinte minutos de la medianoche.

- ¿Estás seguro? Es un poco tarde y mañana tengo que levantarme pronto para...

- Estoy completamente seguro. Te paso a recoger en quince minutos por el hotel. - La contundencia de Lluis alertó por completo a Silvia, que no se atrevió a preguntar nada más.

- De acuerdo, estaré preparada.

Entonces, se cortó la comunicación. Silvia dejó sus apuntes a un lado y empezó a darle vueltas a lo que había pasado. ¿Querría hablar de su relación pasada? ¿Realmente la odiaría tanto como se había llegado a imaginar? Incluso podría ser todo una estrategia que funcionase como una extraña venganza por lo que ella le había hecho sin darse cuenta. Silvia iba pensando en todas estas cosas mientras bajaba a la recepción. Debido a la hora y a que se trataba de un día entre semana, se encontraba completamente desierta. Tras unos instantes sentada en el sofá de la entrada, se cansó de esperar y decidió salir a la calle.

La noche era fría y la calle se encontraba tan solitaria como el interior del

hotel. Tras la lluvia de la tarde el ambiente de la ciudad se había quedado bastante húmedo. Silvia no había bajado preparada y enseguida notó el frío calando sus huesos y empezó a tiritar de forma bastante perceptible. La idea de que la historia de Antònia fuera una invención de Lluís para atraerla a la ciudad pasó por su cabeza durante unos momentos.

A los pocos minutos de esperar, Silvia comenzó a inquietarse. Salvo por alguna ventana en la que se podía ver luz en el interior de las casas no había ningún atisbo de vida en la calle. Trató de llamar a Lluís con el móvil, pero se percató de que se lo había dejado en la habitación del hotel. La reportera miró a su alrededor, buscando alguna señal de su antigua pareja, pero no había ningún movimiento. A lo lejos se escuchaba el gruñido de un grupo de perros, como si estuvieran peleando con fiereza por un trozo de comida. Silvia estaba pensando que se habría tratado de algún tipo de broma de Lluís, cuando una figura distante empezó a acercarse en su dirección. Se trataba de un hombre de mediana estatura, cubierto de forma extraña con una chaqueta y una gorra de béisbol. Silvia anduvo en dirección al hombre. A medida que se iba acercando, empezó a notar algo extraño. Puede que fuera su forma de andar o el aspecto cada vez más visiblemente sucio de su chaqueta (la poca luz de la calle apenas dejaba distinguir nada a gran distancia), pero el caso fue que Silvia se giró sobre sus pasos para volver hacia el hotel, algo asustada. Había decidido regresar al recibidor, donde se sentiría más segura. Tras unos segundos andando nerviosa, una mano la agarró firmemente del hombro, haciendo estremecerse a Silvia.

- Soy yo – le dijo una voz tranquilizadora.

Silvia se giró y por primera vez en mucho tiempo volvió a ver a Lluís. La chaqueta y la gorra, juntos con las sombras, la habían confundido por completo. Pero no era sólo eso, había algo extraño en su aspecto, pero sin que Silvia pudiera discernir exactamente de qué se trataba.

- Me has asustado.

- Deberías haberme esperado dentro. Debes tener cuidado a estas horas de la noche – Lluís parecía realmente preocupado, mientras miraba a su alrededor, como esperando encontrar algo. O a alguien-. Ven conmigo,

conozco un bar no muy lejos que sigue abierto.

El bar en cuestión estaba situado en una de las calles contiguas. Como era de esperar, se encontraba sin clientela a esas horas de la noche. Un único camarero hojeaba un libro sin hacerles excesivo caso mientras Silvia y Lluís se sentaban en una de las solitarias mesas. Era un bar de aspecto rústico y sencillo, aunque bastante sucio. El típico que a mediodía debía llenarse de obreros discutiendo sobre fútbol y política. Silvia y Lluís se sentaron en una de las esquinas del fondo, sin que el camarero diera signos de querer echarlos o advertirles del más que posible cierre. La reportera no podía entender qué clase de bar no cerraba pese a saber que no iba a tener clientes.

- Debes volver a Madrid inmediatamente – le dijo Lluís, sacándola de sus pensamientos.

La franqueza de esas palabras dejó sin respuesta a Silvia durante unos instantes. Antes de que pudiera reaccionar, apareció a su lado el camarero quien, con gesto de poco interés, les tomó nota a los dos. Silvia pidió un zumo, mientras que Lluís optó por un whisky doble. A ella le pareció extraño, pues Lluís nunca fue muy dado a la bebida.

- ¿A qué te refieres? Fuiste tú quien me dio la información sobre Antònia.

- No debes ir a esa casa. – Lluís parecía cada vez más nervioso. Cada pocos segundos echaba furtivas miradas a su alrededor, como cuando estaba en la calle. – No estás segura en Barcelona.

- Tengo que grabar el reportaje, ya está toda la producción preparada. Si vuelvo con las manos vacías mi jefe me va a matar.

- Puede que te pase algo peor que eso – dijo de forma cortante Lluís.

El camarero regresó con las bebidas que habían pedido. La tensión se palpaba en el rostro de Silvia, pues no se podía creer lo que estaba sucediendo. ¿Era el mismo Lluís al que había conocido años atrás? Sin duda había algo extraño en él, aparte de sus gestos paranoides. Ahora se percataba mucho mejor de lo que había notado al inicio: estaba mucho más envejecido que la última vez que se vieron. En realidad estaba mucho más envejecido de lo que le correspondía por su edad. Varias canas empezaban a asomar en el poco

pelo que aún no se le había caído y bajo sus ojos se vislumbraba el contorno de lo que en pocos meses sería el inicio de unas bolsas prominentes. Sus ojos, antes claros, le parecían más oscuros, aunque Silvia no podía saber si se trataba de un efecto de la pobre iluminación del local. Lluís siempre había sido muy atractivo, pero en ese momento parecía casi un anciano, con el rostro demacrado. Una vez el camarero se hubo alejado, Lluís se bebió su whisky de un trago, castigando todavía más su titubeante equilibrio emocional.

- ¿Me estás amenazando? – Ni Silvia podía creerse lo que estaba diciendo, pero era la única salida racional que le quedaba a todo ese asunto -. ¿Todo esto es porque me fui a Madrid sin ti?

Lluís empezó a reír de forma sarcástica, una risa carente de todo tipo de humor. Aunque debido a su lamentable estado, parecía más un sonido animal que humano. Después, levantó el vaso hacia el camarero, pidiéndole otro whisky.

- No es una amenaza, es una advertencia. No es lo mismo. Hay algo extraño en esa casa. En el edificio de Antònia.

Silvia no entendía bien sus palabras, al menos no sabía a qué estaban haciendo referencia.

- Hace varios meses alguien me habló de Antònia. No recuerdo exactamente de quién se trataba, aunque quizá no importe mucho ya. El caso es que una vez le comenté el tema a mi jefe y me encargó escribir un artículo sobre esa mujer. Todo era normal, hasta que conseguí entrar en su piso. Allí, entre toda esa basura... - Lluís se perdía poco a poco en sus recuerdos, incapaz de seguir hablando. Tras un esfuerzo interior, Lluís continuó con su narración -. En ese piso hay algo maligno, Silvia. No podría describirlo con palabras. Ni siquiera era algo tangible. Era como una sensación diabólica que penetró en mi interior. Parecía que un animal se me hubiese metido en el pecho y me impidiese respirar mientras se retuerce dentro de ti.

- ¿Estás seguro de lo que dices?

- Estoy muy seguro, Silvia – dijo Lluís de forma decidida, casi furioso. – En cuanto pude, salí de allí sin sacar ni una declaración, pero me sentí liberado en lo más profundo de mi ser – Lluís miró a Silvia fijamente a los ojos -.

Aunque lo peor vino después.

El camarero regresó con otro whisky. De nuevo, Lluís se lo bebió con urgencia, de un trago.

- Desde ese momento creo que me he llevado parte de ese mal conmigo. Me da la sensación de que continúa en mi interior. Sufría mareos a todas horas y el estómago me ardía. Y luego empecé a tener esas visiones – la voz de Lluís se empezó a romper, obligándole a hacer un esfuerzo sobrehumano para continuar. Silvia le ofreció su zumo, pero Lluís lo rechazó con un gesto de la mano. Demasiado flojo para lo que necesitaba en esos momentos –. Veía niños. Niños muertos por todas partes. Abiertos en canal, despedazados, con las entrañas colgando... - al recordar esas últimas imágenes, empezó a sollozar.

- Eso es terrible – Silvia, sobrecogida, le agarró la mano, tratando de reconfortarlo. El hombre reaccionó al momento, retirándola de forma brusca.

Silvia se quedó pensativa, mientras Lluís se mostraba hundido, con la cabeza entre sus manos, mirando hacia la mesa.

- ¿Has...? – Silvia no sabía cómo juntar las palabras de forma correcta para que no sonasen demasiado acusadoras -. ¿Te has puesto en manos especializadas?

- Sí, he ido al psiquiatra. A varios, de hecho. Pero son todos iguales, te atiborran de pastillas sin preocuparse siquiera por escucharte lo más mínimo – el tono de Lluís era cada vez más elevado, cargado de rencor -. ¡No necesito pastillas, necesito que alguien me entienda! – tras decir esto golpeó con fuerza la mesa. Pese al fuerte ruido, el camarero no miró hacia ellos, concentrado como estaba en su lectura. Silvia en cambio se mostró algo más avergonzada y echó un vistazo a su alrededor, esperando que los echasen en cualquier momento.

- Cálmate, por favor. Quería estar segura de que has valorado todas las opciones.

- ¿Te piensas que no lo he hecho? Lo he intentado todo, pero las visiones son cada vez más claras, más nítidas. Incluso a veces despierto en sitios que no conozco, y no sé cómo he llegado hasta allí.

- ¿Y piensas que todo eso tiene que ver con tu visita a Antònia?

- ¿Por qué narices crees que te estoy explicando todo esto? ¿Es que no te das cuenta? – de nuevo Lluís volvía a elevar el tono, aunque esta vez era contra Silvia, lo cual la hizo ponerse a la defensiva.

- Pero si eso es así, ¿por qué me comentaste lo de Antònia? ¿Por qué querías mandarme al mismo sitio en el que has sufrido todo esto?

Esas palabras hicieron que Lluís se relajara, esta vez dominado por un sentimiento de culpa que le hizo sonrojarse. El hombre empezó a jugar con el vaso de whisky mientras hablaba en un tono de voz mucho menor, hasta el punto de que Silvia tuvo que hacer un gran esfuerzo para poderle escuchar.

- Porque quería que volvieses a Barcelona.

Silvia se quedó conmocionada durante unos instantes. Esa era la respuesta que llevaba esperando todo el tiempo, pero no después del relato que acababa de escuchar. La combinación de ambas sensaciones la llevó a sospechar de las intenciones reales de Lluís. No era la primera vez que hacía algo extraño para atraer su atención. Siempre había utilizado todas sus armas para conquistarla, incluso las más inverosímiles. Era un tipo que hacía todo lo posible para conseguir lo que se había propuesto, incluso a ella. Pero esta vez se había pasado de la raya y, pese a su emotiva actuación, Silvia mantuvo sus sospechas sobre la declaración que acababa de escuchar.

La reportera dejó un par de billetes sobre la mesa, sin intención de dirigirle ninguna palabra más a Lluís. Éste se percató de inmediato de sus intenciones y la agarró de la mano con fuerza, tratando de evitar que se levantara.

- No me crees, ¿no? Crees que me he inventado todo esto. Debes creerme, te lo suplico.

Silvia le miró la mano, momento en que Lluís se la soltó, avergonzado por su gesto.

- Me lo pones muy difícil para que te crea – dijo Silvia de forma seca mientras se levantaba de la mesa para dirigirse hacia la puerta del bar.

- Imagino que no irás a esa casa. Que no cometerás mi mismo error – le dijo Lluís a su espalda.

- Tú ya has cometido demasiados errores – contestó Silvia sin girarse.

La chica salió de nuevo al exterior. La calle seguía desierta, pero la temperatura había descendido de forma considerable. Silvia echó de menos no tener una chaqueta con la que resguardarse del frío. No muy lejos se seguía escuchando el murmullo de un grupo de perros, que parecían dialogar entre ellos. Silvia se puso nerviosa por momentos cuando se empezó a sentir observada, sin que supiera desde dónde, ni por quién. Los pasos se convirtieron en zancadas y cuando quiso darse cuenta, estaba corriendo.

Ya en el hotel, se dio una ducha larga, pese a que ya era bastante tarde. Una vez se hubo relajado, se dirigió a la cama. Allí, tumbada no dejó de darle vueltas a todo lo que había pasado desde su llegada a Barcelona. Cuando por fin se quedó dormida, estaba empezando a salir el sol. A los pocos minutos sonó el despertador.

Ricardo la esperaba en el restaurante del hotel, con la amplia sonrisa de quien ha dormido a pierna suelta. Silvia se encontraba terriblemente cansada por la falta de sueño y con muy pocas ganas de discutir con su compañero. En su cabeza aún le daba vueltas a las palabras de su antigua pareja y no estaba segura de si acudir a hacer la entrevista era lo más acertado. El miedo había calado en su interior, pero se recordaba a sí misma que debía ser una profesional y seguir con el plan establecido. Antes de sentarse junto al cámara, Silvia cogió algo de desayuno en el buffet. Era una chica bastante controlada en su forma de comer y no se solía dar grandes festines. Así que se preparó un café bien cargado y cogió un pequeño bollo.

- ¿Se te han pegado las sábanas? - le preguntó Ricardo con cierta sorna. Al escuchar su voz, Silvia se arrepintió de no haberse quedado en su habitación hasta que fuera la hora de salir.

- No estoy de humor.

El cámara se fijó mejor en el aspecto de su compañera, bastante desmejorado después de una noche casi completa sin dormir.

- ¿Qué hiciste anoche, picarona? - dijo Ricardo en tono de mofa.

Pese a las pocas ganas que tenía Silvia de explicar lo sucedido, no había muchas más personas a las que poder comentar sus miedos.

- Anoche estuve con Lluís, el chico que nos pasó el contacto para la grabación de esta tarde – Silvia se quedó momentáneamente sin palabras, tratando de buscar la mejor forma de explicarse, algo que se antojaba bastante complicado si no quería parecer una lunática – me dijo algunas cosas sobre esa mujer. Antònia. Cosas que nos pueden afectar...

- ¿Afectarnos? ¿Cómo? – la expresión de Ricardo era entre intrigada y divertida -. ¿Quieres decir que es violenta? ¿Que nos está esperando con un machete para clavárnoslo en la cabeza y comerse nuestro cadáver después?

Silvia veía lo absurdo que había sido tratar de contarle todo eso a su compañero, pero ya no había marcha atrás, sin que quedase como una completa idiota.

- Lluís dijo que - se quedó unos segundos mirando a los ojos a Ricardo, tratando de reforzar su mensaje - ... después de ir a verla había estado teniendo visiones. Visiones de niños muertos.

Durante unos instantes reinó un silencio respetuoso entre los dos. Ricardo se quedó mirando fijamente a Silvia a los ojos, cuando de golpe empezó a reírse. Era una de esas risas que la reportera tanto odiaba, de las que llamaban la atención a todas las personas que hubiera a varios metros de distancia. Esa vez no fue una excepción.

- ¿Visiones? ¿Por una anciana? ¿Y te lo creíste? – Ricardo ya no podía dejar de reírse, mientras observaba divertido a Silvia.

- ¡No! No me lo he creído, pero por un momento he llegado a pensar que nos podía afectar de alguna manera.

Las risas desaparecieron del rostro de Ricardo, que empezó a mirar con seriedad a su compañera.

- Mira, si tú no te tomas este trabajo en serio no es problema mío. No vas a joderme con esto, ni con todas las gilipolleces que puedas inventarte. Te tengo calada desde el primer momento en que te vi, por si no te habías dado cuenta – el tono acusador dejó momentáneamente a Silvia perpleja. Su relación no era buena, pero nunca imaginó que pudiera llegar tan lejos.

- ¿De qué hablas? – murmuró Silvia.

- A las tías como tú se las ve venir a la legua. No eres más que una maldita

trepa que trata de dejarnos mal a todos los demás en cuanto tienes ocasión. ¿Te crees que no nos damos cuenta en cada maldita reunión?

- ¿Nos damos? – Silvia se sentía cada vez más inquieta, como si le faltara la respiración. Ricardo soltó una breve risotada ante su aparente ingenuidad. Por desgracia para ella, pensaba que su reacción se trataba únicamente de una pose para salir de la situación. Pero era cierto, nunca habría pensado que la cosa estaba tan mal con sus compañeros.

- ¿Acaso crees que soy el único que piensa así? Todos nos damos cuenta de tu actitud. De cómo tratas de solaparnos y de quedar siempre tú por encima de los demás delante de Marcos. Lo pensamos todos, Silvia. Y eso de venir a Barcelona ya ha sido el colmo del ego. ¿Y ahora dices que la anciana esa provoca visiones de niños muertos? – de nuevo Ricardo le mostró todos los dientes, mientras le sonreía irónicamente. Hasta ese momento Silvia no se había dado cuenta de todo lo que odiaba los dientes de Ricardo, grandes y muy separados -. Ahora lo único que quiero es grabar este maldito reportaje y volver a casa para no volver a verte en mucho tiempo.

Mirando de reojo a Silvia, Ricardo se levantó de la silla mientras cogía sus cosas. Antes de salir por la puerta, le dijo unas últimas palabras.

- Estaré fuera. Si en diez minutos no has salido me largaré yo solo. Y si eso sucede, tendré que hablar con Marcos y explicarle todo lo que ha pasado. Tú decides.

Silvia se quedó sola en la mesa, sacudida por la cantidad de emociones por las que había tenido que atravesar en aquel maldito viaje a Barcelona. Por unos instantes valoró la posibilidad de coger un taxi y regresar a Madrid. Así, sin pensarlo mucho más. Era demasiado grande el esfuerzo que tenía que hacer para superar a todo el mundo. Demasiadas energías. Ya no aguantaba las miradas ni los cuchicheos, ni el hecho de no tener ninguna amiga de verdad. Se sentía sola.

Sacó su móvil del bolso y lo dejó sobre la mesa. Imaginó todas las cosas que podría explicarle a Alberto, pero ninguna sonaba lo suficientemente grave como para molestarle mientras estaba trabajando. No es que no fuera comprensivo con ella, pues siempre la escuchaba con atención. El problema era

que Alberto no tenía la capacidad de ponerse en la piel de Silvia cuando ella le contaba sus problemas. Era comprensivo con lo que podía entender de forma analítica, pero no con aquellas cosas que se le escapaban de sus razonamientos, como la mayor parte de los problemas de su pareja. Y uno de esos problemas era su inseguridad.

Hacía tiempo que Silvia había aprendido a ocultar esa inseguridad bajo una fachada de aparente autosuficiencia, pero a ojos de un observador paciente, esa fachada habría caído en cuestión de segundos. Por ese motivo trataba de contar lo mínimo posible con Alberto para que le solucionara sus problemas. Pero las parejas normales se llaman cuando están mal, ¿no? Al menos eso es lo que veía en sus amigos. Aun así, el móvil seguía sobre la mesa, sin que Silvia se atreviese a utilizarlo. De pronto, empezó a sonar.

Un vistazo rápido a la pantalla mostró a Silvia que no se trataba de Alberto, sino de Mar, su hermana.

- ¿Va todo bien? – Silvia preguntaba un poco inquieta debido a que Mar se encontraba embarazada de cinco meses. A efectos de nervios, ella se sentía casi tan embarazada como ella.

- Hace una semana que ya no tengo esos dolores de los que hablamos. No te preocupes, hermanita. ¿Cómo te va por Barcelona?

- No creas que he podido hacer mucho. Prácticamente no he salido del hotel y ahora tengo que ir a hacerle la entrevista a la loca esa.

Silvia trató de contener la emoción para no tener que contarle todo a su hermana. Estaba demasiado cansada para eso y, además, no quería cargarla con más preocupaciones, pues suficiente tenía ya con su embarazo. Se llevaban tan sólo un año de diferencia (Silvia era la mayor de las dos) y desde pequeñas habían sido inseparables, algo que había permitido que ambas tuvieran una gran conexión. La muerte de sus padres había sido un trauma que habían conseguido superar juntas, como buenas hermanas, como les solían decir. Primero había muerto su padre en un accidente de coche. Él lo había sido todo para las dos hermanas, aunque desde ese momento su madre desapareció de sus vidas. Esa muerte había roto por completo la familia. Las dos se apoyaron entre ellas, pero para su madre no había consuelo alguno. Eso la

hizo caer en una profunda depresión y a los pocos meses, se quitó la vida. Esa terrible experiencia hizo que la unión entre ellas dos fuera aún más íntima, como una misma persona dividida en dos mitades.

- No estás bien, ¿no? – de nuevo, Mar había sido capaz de entender cómo se encontraba su hermana, aunque estuviera a más de seiscientos kilómetros de distancia. Silvia tuvo que controlar su voz, para no derrumbarse.

- No he dormido mucho, eso es todo. Estoy cansada y no tengo la entrevista muy bien preparada – una verdad a medias a veces funcionaba, pues el que lo escuchaba debía elegir qué parte era verdad y qué parte era mentira. Eso habría funcionado en un caso normal, pero no con Mar.

- ¿Ha sido el capullo ese que va contigo? ¿Te está tocando las narices? – Mar tenía, a diferencia de Silvia, un fuerte carácter protector.

- Ahora tengo que colgar, me están esperando.

- Llámame si necesitas cualquier cosa.

- No haré eso con una embarazada. Aún me queda algo de dignidad. Nos vemos mañana, cuando regrese a Madrid.

Silvia apretó el botón de colgar del móvil y después se lo guardó en el bolso. Se levantó de la mesa, preparada para lo que iba a ser un largo y duro día de trabajo.

El interior de la furgoneta parecía un velatorio. Silvia observaba la calle, solitaria y tranquila a esas horas. Era una tranquila mañana de domingo, lo cual hacía que la mayor parte de la gente estuviera en las afueras de la ciudad. O en casa descansando. A ella eso no le importaba mucho en esos momentos. Trataba de concentrarse en la entrevista y en hacer un buen trabajo, lo que fuera con tal de evadirse del cretino que tenía sentado a su lado.

El día se había ido nublando desde la mañana. La luz de color cobrizo del cielo daba un aire misterioso a las calles de esa parte de la ciudad y un hermoso tono pastel cubría los edificios. El Eixample barcelonés se caracterizaba por la construcción de sus manzanas, cuadradas (aunque en realidad eran octogonales) y delineadas, fruto del Plan Cerdá. Las fachadas, imperiales, mostraban unos altos ventanales junto a balcones alargados que llegaban de lado a lado.

El aspecto de los edificios le imponía bastante respeto a Silvia, que podía imaginar el tipo de vida que se habría llevado allí un siglo atrás. Parecían estancados en el tiempo, vestigios de un pasado no muy remoto.

La furgoneta bajó por la plaza Tetuán para tomar el paseo de Sant Joan. En ese momento, Silvia recordó el último viaje que hizo allí con Alberto pocos años antes y en especial la fuerte impresión que le causó ese paseo que conectaba el parque de la Ciudadela con el barrio de Gràcia. Recordaba haberlo recorrido junto a Alberto, completamente embelesada por la gran amplitud de las aceras y la sensación de libertad y de refugio que ofrecía a todos los peatones. Era uno de sus rincones preferidos de la ciudad, alejado del bullicio del Paseo de Gràcia o la obviedad turística de la Sagrada Familia.

- Estamos llegando – la voz de Ricardo sonó lejana, como proveniente de la calle.

Silvia le ignoró de forma deliberada, mientras éste maniobraba la furgoneta para aparcar no muy lejos del edificio donde vivía la anciana. Una vez el coche se hubo detenido, salió a toda prisa a la calle, sin mirar en ningún momento a su compañero. Mientras Ricardo terminaba de preparar su cámara (un equipo bastante ligero que permitía hacer las grabaciones ágiles que el programa requería), empezó a caminar hacia el edificio. Con su bloc de notas (a Silvia no le gustaban mucho los artilugios modernos) iba anotando todas sus impresiones. Entonces fue cuando miró hacia arriba por primera vez. Su corazón dio un vuelco al observar la arquitectura que se mostraba ante ella. Había llegado al edificio donde vivía Antònia.

El cielo gris se recortaba contra la silueta del edificio, en forma de punta de lapicero. Contrastando con el modernismo que lo rodeaba, tenía un aspecto mucho más antiguo. Parecía un pequeño trozo extraído de un castillo alemán que alguien había colocado en medio de la ciudad de Barcelona. La fachada mostraba una formas rectangulares y algo austeras, que realizaban en todo su esplendor unos balcones amplios y alargados, coronados con unas rejas irregulares con forma de ramas, lo más acorde al estilo modernista de la ciudad que se podía encontrar en el edificio. De la parte central, sobresalía un almenado medieval a modo de siniestra corona. Pero lo que más destacaba

era el torreón. El edificio estaba situado justo en la esquina de la manzana, y el torreón (un tambor rematado en forma de cúpula cónica) emergía justo en el vértice de ese cuadrado, imperial y majestuoso, controlando las dos calles que se cruzaban. A Silvia le recordaba un viejo juego que tenía de pequeña con el que podía reconstruir antiguos castillos europeos. Las torres en punta y el estilo general de la fachada le recordaba al estilo neogótico, más propio del siglo XIX, probablemente anterior a la aparición de Gaudí y todo el modernismo catalán. Aquel edificio, vetusto e inquebrantable, permanecía oculto a las miradas de los turistas, como si quisiera pasar inadvertido. O como si quisiera seguir habitando en las sombras de la ciudad, completamente aislado del bullicio imperante en la ciudad.

Silvia se sintió atraída de inmediato por esa construcción. Mientras unas pocas gotas empezaban a mojar su pelo, se quedó mirando fijamente las ventanas que había en lo alto del torreón. Estaban situadas en la parte superior, en lo que debía ser un espacio bastante pequeño, probablemente una buhardilla. Un poco más arriba, saliendo de las tejas del torreón, había otras dos ventanas que sobresalían, como lucernarios, dejando volar la imaginación de Silvia. ¿Quién viviría en esa zona del edificio? ¿Sería la misma Antònia la que había llenado de basura un espacio tan magnífico?

Le inundó la sensación de estar siendo observada. No era que alguien la estuviese mirando en la calle, sino que era el propio edificio el que la estaba vigilando a ella, de forma que parecía supervisar a cada persona que se quedaba plantada en la acera y deleitándose con su majestuosidad. Silvia estaba inquieta, pero no podía dejar de mirar el edificio maravillada. Tal era el magnetismo que sentía, que no se percató de que la lluvia se había intensificado y su libreta estaba empezando a empaparse por completo, dejando ilegibles las notas que había preparado para la entrevista.

- ¡Tenemos que entrar ya! Se me va a mojar la cámara y como se estropee tendrás que pagar una nueva. – El tono desquiciante de Ricardo sacó a Silvia de su estado. No sabía exactamente el tiempo que se había pasado quieta delante del edificio. De hecho, no recordaba haber percibido sonido alguno en los últimos minutos. Ahora escuchaba claramente los pocos coches que

circulaban a esas horas por las calles y la lluvia chocar contra la acera. Echó un último vistazo a la fachada, aún sobrecogida por el poder que desprendía sobre ella. En los ventanales del torreón divisó un movimiento. Alguien la había estado observando, no era únicamente una impresión. La figura desapareció de golpe, en un suspiro. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Silvia. De pronto tuvo unas ganas enormes de echar a correr, lejos de aquel lugar que la ponía tan nerviosa, pero que a la vez ejercía un fuerte magnetismo sobre ella. Su respiración empezó a agitarse, recordándole momentos del pasado que quería olvidar.

Silvia acababa de regresar a Madrid tras acabar el máster en Barcelona, cuando entró a trabajar en la productora en prácticas y empezó a colaborar en un programa de conexiones en directo, muy habitual en todas las cadenas por esas fechas. Su trabajo consistía en acompañar a la reportera enviada a Boadilla del Monte, por alguna celebración deportiva que ya no recordaba. La compañera, Marta, tenía bastantes más años de experiencia en aquella y otras productoras, con lo que era una de las reporteras más respetadas. Esa tarde Marta invitó a Silvia a cenar antes de realizar el directo, para poderle hablar sobre el negocio y conocerse un poco mejor. Era una mujer amable y simpática con todo el mundo, pese a que sus años de profesión la habían endurecido enormemente. Minutos antes de que fuesen a conectar en directo con el programa, Marta se empezó a sentir mal del estómago y tuvo que marcharse urgentemente al hospital. Sin capacidad de reacción, la oportunidad que llevaba años esperando se le presentó a Silvia sin previo aviso, como solía representarse por los tópicos de la profesión. En pocos segundos, tuvo que ponerse ante la cámara. Fue entonces cuando se sintió realmente sola. Su visión se empezó a nublar y dejó de ser consciente de todo lo que sucedía a su alrededor. O para ser más concretos, de todas las imágenes que había a su alrededor, porque los sonidos llenaban su mente. Su cabeza estaba plagada de las voces y los gritos que la rodeaban, los cuales arrinconaban cada vez más las palabras que tenía en su cabeza y que debía decir. Cuando quiso darse cuenta ya había entrado en directo. Con el micrófono en la mano sufrió un colapso. No podía recordar nada de lo que tenía que decir. Se quedó callada,

balbuceando frases sin sentido y cuando quiso darse cuenta, la conexión había terminado. Al regresar a la productora, no recibió malas palabras, ni tampoco de ánimo. Sus compañeros simplemente la ignoraron por completo. Únicamente estaban preocupados por Marta, que a esas horas seguía en el hospital. A los pocos días, Silvia fue descubriendo que todos la habían culpado de la intoxicación que había sufrido Marta, con el supuesto fin de conseguir una conexión en directo. Desde entonces sabía que no caía bien en la redacción y Ricardo no había hecho más que confirmárselo. Aunque nunca habría imaginado que hubiera podido ser tan grave.

- ¿Entramos o no? – Ricardo parecía irritado por la espera. El cámara estaba en el portal, protegiéndose de una lluvia que había ido en aumento en pocos segundos. Silvia estaba empapada, corrió bajo la lluvia hasta donde le esperaba su compañero.

Silvia apretó el timbre donde vivía Antònia, tal y como le había indicado Lluís en su email. Pero como era de esperar, tras varios intentos no se produjo más que silencio. No era la primera vez que se encontraban en una situación similar, pues era habitual que las personas que sufrían el síndrome de Diógenes se volviesen extremadamente ermitañas y recelosas de todo lo que sucediese en el exterior. La espera se les hacía más desesperante debido a la lluvia, con lo que Silvia empezó a llamar al resto de pisos, con la esperanza de que alguno de los vecinos les abriese la puerta. Pero tras unos segundos, la respuesta fue la misma. De forma involuntaria, los dos compañeros se miraron de forma cómplice, parecía que se trataba de un edificio abandonado. Desde donde estaban podían divisar el interior del rellano, completamente vacío, en el que destacaba una pequeña caseta para el conserje, igualmente abandonada.

- Aquí no vive nadie – dijo Ricardo malhumorado –. Hemos hecho todo este viaje para nada.

La lluvia había aumentado de intensidad de forma considerable, formando ya una gruesa cortina que dificultaba la visibilidad en la calle. Varios riachuelos que se habían formado junto a la acera, arrastraban con fuerza las hojas y la suciedad que iban encontrando a su paso. A lo lejos, se escuchaba el rumor de los truenos, mientras el cielo se iluminaba de forma tenue. Al final de la

calle, Silvia percibió una figura que se movía hacia donde ellos se encontraban. Estirando de la manga de Ricardo llamó su atención, y los dos observaron cómo la figura oscura se fue convirtiendo en la silueta de un chico que corría hacia el portal, mientras se cubría la cabeza con un periódico. Cuando llegó a su altura, el joven, completamente empapado, se detuvo, mirando inquisitivamente a la pareja de reporteros. Silvia se apartó, permitiendo al chico que pudiera introducir la llave en la cerradura.

- ¿Vive usted aquí? – Silvia era realmente buena a la hora de abordar a la gente. Tenía esa capacidad innata de seducir con su voz, pero aún más de saber cuál era el momento más oportuno en que dirigirse a las personas. Sabía de forma natural cuándo hablar a alguien para molestarle lo menos posible o cuándo permanecer callada. Un talento poco extendido.

- Sí – el chico se quedó mirando la cámara de Ricardo preocupado -.¿Ha sucedido algo?

- No, no se alarme – Silvia le calmó sonriéndole de forma acogedora -. Estamos grabando un reportaje y necesitamos que...

-Vienen a ver a la loca del quinto.

- Eso es. Nadie nos abría la puerta. ¿Es que viven solos en el edificio?

El chico sonrió de forma condescendiente, observando a Silvia como si la chica no entendiera nada.

- Nos estamos empapando aquí fuera – dijo finalmente.

Después, abrió la puerta del edificio y accedió al rellano, sosteniéndola para ayudarles a entrar. Silvia y Ricardo aceptaron la invitación y le siguieron. Un gran olor a humedad les recibió. La entrada al edificio era como un gran sótano, no únicamente por el olor, sino también por la sensación de sofoco. El rellano era realmente amplio, un enorme espacio vacío (salvo por la cochambrosa caseta del portero) con una gran escalera al fondo. Silvia miró a su alrededor, buscando algo.

- No hay ascensor – le confirmó el joven -. Por cierto, mi nombre es Sergi. Los tres iniciaron el camino de subida por las escaleras.

El piso de Sergi era más moderno y acogedor de lo que se podía pensar

una vez visto la fachada. Los techos eran bastante altos, algo habitual en edificios antiguos, y las paredes eran tan delgadas que se podría escuchar el sonido de un mosca mientras revoloteaba en la casa del vecino. Sin embargo, Sergi había conseguido decorar la casa de forma bastante moderna, alejado de toda la majestuosidad de la arquitectura y aprovechando de forma imaginativa los espacios. Era un piso amplio, con varias habitaciones y un gran cuarto de baño. Sobraba claramente bastante espacio, pues varias habitaciones estaban sin utilizar.

- Éramos dos hasta hace pocos meses – les explicó Sergi, quien acababa de salir del aseo, mientras se terminaba de secar el pelo con una toalla. Se había cambiado la ropa mojada por otra seca.

Silvia se percató entonces de que en algunas de las fotos repartidas por la casa se repetía con frecuencia la misma persona posando junto a Sergi. Era una chica rubia, de ojos castaños y en apariencia algo más joven que él.

- Es muy guapa – dijo Silvia señalando una de las fotos.

Sergi no aparentó hacer mucho caso a Silvia mientras se dirigía hacia la cocina. Ricardo, mientras, terminaba de preparar la cámara y conectar el micro con el que Silvia empezó a hacer varias pruebas de voz. Al poco rato, Sergi regresó con varias cervezas y se quedó mirando con sorpresa los preparativos, intimidado por la presencia de una cámara en su salón.

- No te importa que grabemos, ¿no? – Silvia sabía lo violento que podía llegar a resultar la invasión de la intimidad que realizaban con la cámara. Por suerte, su capacidad de seducir a la gente funcionaba también en esas situaciones. Lo mejor era pillarlos con la guardia baja y, sobre todo, dar por normal aquello que querías conseguir, por muy chocante que pudiera parecer. Lo peor era darle más importancia.

- No, por supuesto – Sergi empezó a acalorarse debido a los nervios. No entraba en sus planes salir en un programa de televisión cuando había salido de casa esa mañana bien temprano.

- Perfecto. No te molestaremos durante mucho tiempo. Siéntate, por favor.

Esa era una de las señales que tenía la reportera para saber que estaba tomando el control de la situación. Cuando podía invitar al propietario de

la casa a sentarse en uno de sus propios sillones sin que pareciera extraño. Sergi obedeció sin rechistar, señal de que era un chico bastante sumiso y tranquilo. Ella solía pensar que era una pena que esa clase de chicos no tuviese más interés para las mujeres, ratificando el tópico de que los chicos malos triunfaban más. Probablemente ese fuera el problema que tuvo con la chica rubia de las fotos, demasiado acostumbrada a recibir obediencia por parte de su pareja y ningún tipo de resistencia o queja. Silvia echaba a veces de menos esa actitud más amable y sumisa, y no tener una relación como la que tenía con Alberto, tan marcada por las dudas y la inseguridad.

- Estoy listo – Ricardo sujetaba la cámara en el hombro frente a Sergi, listo para empezar a grabar.

A Sergi se le veía realmente nervioso. Su rostro permanecía fijo en la cámara y sus brazos estaban tensos como los de una figura de bronce. Ricardo pellizcó a Silvia en los riñones, una antigua señal que tenían desde que empezaron a trabajar en el mismo equipo. La reportera trató de calmar a Sergi.

- Vamos a grabar todo lo que digas y luego en montaje veremos lo que utilizamos. No te preocupes y simplemente habla conmigo, como si estuviéramos teniendo una conversación entre amigos. O si lo prefieres, como si le explicases una dirección a un desconocido. Y habla todo lo que quieras, no te cortes. Al final usaremos una parte pequeña de la entrevista.

- De acuerdo – las palabras de Silvia parecieron hacer efecto en Sergi, pues su cuerpo pasó a estar menos tenso e incluso resopló aliviado. Pese a ello, Silvia notó que aún se agarraba con fuerza al sofá. “Está demasiado nervioso incluso para que le estén grabando”, pensó de forma fugaz Silvia. “Debe haber algo más”.

- Estamos grabando un reportaje sobre vecinos conflictivos, en especial que padezcan síndrome de...

- Venís por la mujer de la basura, está claro – Sergi cortó a Silvia antes de que terminase su introducción habitual.

- Veo que la conoce. ¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí?

- ¿Antònia? – Sergi hizo un gesto con la mirada, incapaz de contar los

años –. Nadie recuerda cuándo vino aquí. Ni el más viejo de los vecinos.

- ¿Vecinos? – Silvia se mostró sorprendida –. Pensaba que no vivía nadie más en el edificio.

Sergi sonrió, mientras imaginaba lo que habría sucedido.

- No os ha contestado nadie, supongo. En realidad son muchos vecinos en el edificio, pero son bastante... Digamos... Son poco abiertos. Con los desconocidos menos, desde luego. Yo llevo cuatro años viviendo aquí y únicamente he podido hablar con dos de ellos.

- ¿Y con Antònia?

- Ella es distinta. Tiene su vida montada. Sale de casa por la madrugada, a eso de las dos. Creo que no le gusta mucho el sol, porque siempre regresa antes de que amanezca. Alguna vez hemos coincidido cuando yo salía a trabajar.

- ¿Y habla contigo cuando te la encuentras por la escalera?

- No dice ni una palabra. Simplemente lleva todos esos trastos que encuentra por la calle metidos en varias bolsas del supermercado. De hecho, no habla con nadie del edificio.

Sergi se quedó callado durante unos instantes. Miró hacia su alrededor, como pensando de forma absurda que alguien le pudiera estar escuchando. Después, se aproximó más hacia Silvia y bajó el tono de su voz.

- Le tienen miedo – susurró Sergi.

- ¿A la anciana? – Silvia se sorprendió por el vuelco que había dado la historia. Al final podía ser que el viaje a Barcelona fuera realmente provechoso y no un simple caso de síndrome de Diógenes -. ¿Acaso ha atacado a algún vecino?

- No. No es eso. Simplemente parece... amenazante. No sabría cómo explicarlo con otras palabras, la verdad. Es más una sensación. Eso y los gritos.

- ¿Qué gritos?

- Los que salen de su piso. Antònia se vuelve como loca durante algunas noches. Creo que debe ser esquizofrénica o algo similar, porque grita con diferentes voces. Pero no hay nadie en su casa, ¿sabes? Lo habríamos visto

subir por la escalera. Está completamente sola cuando se pone a gritar y a cantar como una... como una loca.

- ¿Y no han llamado a la policía?

- Parece que la policía no hace nunca nada. Al menos eso es lo que me han dicho los vecinos. Esa mujer lleva muchos años viviendo aquí. Ten en cuenta que este lugar es más casa suya que nuestra.

- ¿Y únicamente tienen miedo porque se ponga a gritar y cantar por las noche? – preguntó Ricardo con cierta sorna. Silvia se giró sorprendida para mirar a su compañero, pues era extraño que el cámara hiciese las preguntas. Ricardo le devolvió la mirada con una expresión de “no lo he podido evitar”. Se notaba que los dos reporteros estaban metidos por completo en la historia que les estaba contando Sergi. Cada vez, Silvia tenía más claro que había dado con esa gran historia que tanto había deseado encontrar desde hacía años.

- No sólo son los gritos. A veces... aparecen animales muertos y cosas así. La vecina de enfrente tenía un pequeño Papillon, un perro desquiciante si me permitís el comentario. Hace algunos meses, apareció completamente destrozado en el patio del edificio. Abierto en canal, algo espeluznante. Y todo eso justo dos días después de que la señora Maria tuviera un pequeño encontronazo con Antònia.

- Sigo pensando que lo deberían denunciar – dijo Silvia.

- Mirad, yo no soy quien lleva eso, y con todo el tema de la ruptura con mi pareja hace un tiempo que decidí cambiarme de piso. Se ha quedado muy grande sólo para mí. Tengo algo visto por la ciudad y en cuanto el otro propietario firme los papeles, haré la mudanza. Así que esa mujer ya no será mi problema. Deben saber que la edad media de los vecinos aquí es de sesenta años por lo menos. Es normal que tengan miedo, aunque sea a otra anciana.

- ¿Ha visto a otro reportero subir al piso de Antònia? – preguntó Silvia tratando de encontrar sentido a la explicación de Lluís.

- No que yo sepa, aunque como habéis visto no mucha gente abre la puerta a desconocidos por aquí.

- Muy bien, eso es todo.

Sergi se levantó como un resorte nada más escuchar a Silvia, tratando de

precipitar la salida de los dos reporteros. Algo había cambiado en la actitud del joven, tan hospitalario al principio y ahora invadido por unos extraños nervios. Silvia y Ricardo se levantaron, mientras les indicaba el camino hacia la puerta. Durante el trayecto reinó un tenso silencio, en el que Silvia pudo observar el arrepentimiento en el rostro del joven. Había hablado demasiado y se estaba dando cuenta en esos momentos. Una vez llegaron junto a la puerta del piso, Sergi se decidió a hablarles de nuevo.

- Mirad, creo que he exagerado un poco las cosas. Puede que Antònia sea bastante excéntrica y todo eso, pero no vivimos tan aterrorizados. La verdad es que no quería causar esa impresión – Sergi trató de aparentar seguridad en sus palabras.

Silvia le intentó calmar con un gesto familiar, pues estaba acostumbrada también a ese tipo de nervios. Mucha gente hablaba de más cuando tenía una cámara delante, sin recordar que esas imágenes las podría ver la otra persona a la que normalmente estaban insultado. Pero esta vez había algo distinto en Sergi, se trataba de un arrepentimiento más agudo e intenso. Casi se podría decir que miedo.

- No te preocupes, Sergi. Como te he dicho antes, esto lo vamos a editar. A nosotros lo que nos interesa es hacer un reportaje sobre síndrome de Diógenes – Ricardo se mostró extrañado por las palabras de Silvia -. Las disputas vecinales que tengáis son cosa vuestra.

El joven pareció relajarse por momentos.

- Sí, es sólo una disputa entre vecinos. Y además, yo me voy de aquí dentro de pocas semanas, así que no quiero involucrarme mucho más – pareció justificarse.

Dicho eso, les abrió la puerta de su piso. Ricardo fue el primero en salir al rellano. Silvia, al llegar a la altura de Sergi se dirigió de nuevo hacia él. Con un movimiento del cuerpo consiguió situarse a medio camino entre el rellano y el recibidor de su casa.

- Por cierto, ¿no te importaría acompañarnos al piso de Antònia? Creo que si nos ve con uno de sus vecinos podrá estar más accesible. Pese a los problemas que tengáis con ella siempre será mejor que vea una cara conocida.

Aunque sólo sea por el hecho de que quiera salir al rellano a discutir. En otros casos me ha funcionado. Además, tú te vas en pocas semanas, como has dicho, así que no tienes nada que perder.

Ricardo comprendió que todo el discurso había sido parte de una estrategia de su compañera para aproximarse a Sergi y no perderlo por completo. Si se hubiesen quedado a solas, les habría costado incluso encontrar el piso de Antònia. Además, siempre existía la jugosa posibilidad de que se enzarzasen en una pelea y les solucionase de esa forma el programa.

Sergi, por su parte, se quedó perplejo por la petición. Situado a medio camino entre su casa y el exterior, empezó a cerrar la puerta. Era un gesto instintivo, viendo que no le quedaba más alternativa que hacer caso a la reportera. Pese a no estar de acuerdo, seguía la inercia de una situación que había sabido generar Silvia, pues se había quedado momentáneamente sin excusas para acompañarles. Una vez hubo comprobado que llevaba consigo las llaves de su piso, cerró por completo la puerta. Después se giró, menos sonriente que antes. Parecía una sombra del chico simpático que habían conocido en el portal. Con semblante serio, se encaminó hacia las escaleras que había junto a la puerta.

- Son sólo dos pisos, no tardaremos mucho – dijo con un hilillo de voz difícil de escuchar.

Ricardo y Silvia siguieron los pasos de Sergi, a través de los desgastados escalones del edificio. La escalera era ancha, como correspondía a las edificaciones antiguas, y ascendía formando un rectángulo. Silvia se asomó para observar la imponente caída que había hasta el recibidor. Ese tipo de construcción no se habría permitido hoy en día por cuestiones de seguridad, pero era algo bastante habitual en el pasado. A medida que ascendían los escalones, se hacía más audible el sonido de la lluvia golpeando contra los plásticos que los vecinos colgaban en el patio interior para proteger la ropa recién lavada. No se escuchaba ningún otro sonido del exterior, como si el edificio estuviese en medio de ninguna parte, en vez de en el centro de una gran ciudad como era Barcelona. El eco de las gotas en el patio resonaba en la cabeza de Silvia, monótono y repetitivo, dando un aspecto más fantasmagórico a toda la escena.

Al llegar al rellano del cuarto piso, Silvia se percató de que bajo una de las puertas asomaba un fino hilo de luz. Los nubarrones cargados de lluvia habían ocultado completamente el cielo. Parecía que se había hecho de noche. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que estaban andando prácticamente a oscuras por los escalones, sin que Sergi hubiera hecho ningún gesto por encender alguna luz que les ayudase en su camino.

- Hace tiempo que no funciona la luz. Andad con cuidado, no vayáis a caer por el hueco de la escalera – dijo Sergi al ver el gesto de Silvia.

- ¿Hueco? Más bien parece un cráter – dijo Ricardo mientras tomaba un plano rápido de las escaleras, antes de volver al hilo de luz bajo la puerta.

Silvia observó que unas sombras se movían detrás de la puerta. Alguien estaba en el interior, observándoles en silencio. Se aproximó con cautela hacia la puerta, sabiendo que estaría siendo vigilada por esa persona. Buscó el timbre, pero al no encontrar nada llamó con los nudillos lo más fuerte que pudo. Al tratarse de una puerta robusta, el sonido pasó desapercibido entre la lluvia. Justo en ese momento, la luz bajo la puerta se apagó.

- No insistas, no van a abrir. No a una desconocida – Sergi se había girado hacia Silvia, a medio ascenso hacia el piso superior –. Ahí están los vecinos que viven justo debajo de Antònia. Son los más introvertidos de todos. Yo no les he podido ver nunca.

Silvia se quedó con la vista fija en la mirilla. Notaba que seguía habiendo movimiento detrás. Quien quisiera que viviese allí, seguía observándola.

- Venimos de la televisión, sólo queremos hacerles unas preguntas.

Ricardo había estado grabando toda la escena utilizando la lámpara de la cámara. Silvia estaba frente a la puerta, esperando. Pero no hubo ninguna respuesta, con lo que el cámara dejó de grabar e invitó a su compañera a seguir subiendo hacia el piso de Antònia.

Una vez hubo subido el último peldaño, Silvia se sintió como en otro mundo muy lejano. Los rellanos inferiores eran espaciosos y de techos altos, con puertas robustas e igualmente altas. Las baldosas estaban desgastadas, pero recogían motivos que seguían conservando cierta elegancia de tiempos pasados. En cambio, el último piso tenía el techo extremadamente bajo.

Ricardo era bastante alto y su cabeza casi tocaba con la parte superior, obligándole a andar un poco encorvado. El rellano era estrecho, hasta el punto de que dos personas no podían andar juntas a la vez. Una persona sola que tuviera bastante vértigo, tendría que andar bien agarrada a la barandilla. El pasamanos, antes robusto y elegante, había pasado a ser tosco, de madera casi podrida y rematado al final por un rostro extraño tallado sobre el mismo. Ese rostro, que se asimilaba al de un lunático, parecía observar fijamente a Silvia. El suelo había perdido las baldosas y únicamente quedaba ya una gruesa capa de tierra. Al fondo, entre penumbras, estaba la puerta donde debía vivir Antònia. También era muy distinta a las del resto del edificio, pues era bastante bajita, como la planta en general, y de aspecto frágil. Parecía más bien la puerta de un cobertizo que la de un piso.

La oscuridad era más acuciante a esa altura, al igual que el calor, sofocante y húmedo. Silvia le hizo una señal a Ricardo para que encendiese de nuevo la lámpara de la cámara y así poder ver mejor. La luz inundó por completo el rellano con un fuerte fognazo.

Sergi reaccionó de inmediato, asustado por el gesto de la cámara.

- ¡Apagad la luz! Antònia odia la luz, os lo he dicho – Sergi se había vuelto a poner realmente nervioso. Ricardo, sobresaltado por esa reacción, apagó la linterna de inmediato.

- Nos habías dicho que no salía de día, no que no le gustase la luz – dijo Ricardo algo ofendido por la exagerada actuación de Sergi.

- Pues ya lo sabéis. Y ahora que ya os he acompañado hasta aquí voy a bajar de nuevo a...

Antes de que Sergi terminase la frase, Silvia llamó a la puerta. Fueron dos golpes secos, pero a diferencia de los que había dado en la planta inferior, estos resonaron por todo el edificio, debido al menor grosor. La lluvia seguía sonando con fuerza en el exterior, parecía que estaba en su momento de máxima intensidad. Sergi se quedó parado en mitad del rellano, inquieto. Tras varios segundos que se le hicieron eternos, no hubo ninguna respuesta. Cada segundo que pasaba relajaba más el rostro del chico, que en el momento en que Silvia había llamado a la puerta era de completa angustia. No se escuchaba

nada tras la puerta, sólo el sonido continuo de la lluvia golpeando contra una pequeña ventana que había justo en mitad del rellano.

- No os va a abrir. Os he dicho que es una mujer muy reservada y dudo que quiera saber algo del exterior – Sergi estaba ansioso por regresar a la tranquilidad de su piso, de la que no debería haber salido nunca. Todavía se estaba maldiciendo a sí mismo por no haber sabido reaccionar a tiempo. Por no haber sabido decirle que no a esa maldita reportera entrometida.

Silvia esperó un poco para llamar de nuevo a la puerta, pero esta vez de forma más insistente. Cada golpe que daba parecía desquiciar a Sergi, que no sabía dónde meterse.

- Bajemos. No os va a abrir – suplicaba Sergi. Poco a poco se había ido situando lo más alejado posible de la puerta, y ya hacía el gesto de iniciar el camino de descenso, tratando de convencer a los dos reporteros de que no merecía la pena seguir esperando.

Silvia no se daba por vencida, e insistió, convencida de que tenían un gran reportaje entre manos. No era el momento de echarse atrás. Llevaba mucho tiempo esperando una oportunidad similar.

- Sabemos que está dentro. Sólo queremos hablar con usted un momento. No debe preocuparse – Silvia trataba de convencer a la anciana. Pese a que no se oía ningún ruido, intuía que la mujer estaba justo detrás de la puerta. Más que intuirlo, la sentía en su cabeza. Como cuando notas que hay alguien a tu espalda sin necesidad de girarte. La sensación era mucho más intensa que aquello, pues percibía incluso su respiración en aumento. E incluso una sonrisa en los labios de esa persona. No era la primera vez que Silvia había tenido esa inquietante sensación de no estar sola y que alguien la acompañaba. Aunque nunca había sido tan intenso como aquella vez, siempre habían sido momentos puntuales en su vida. Una sensación que la había acompañado desde la muerte de sus padres. Entonces notó una fría mano posándose sobre su hombro. Era Ricardo, haciéndole el gesto de que era inútil seguir esperando y que debían marcharse.

- He grabado algunas cosas, algo podremos hacer con eso.

- Eso es, ya habéis grabado lo suficiente. Ahora debemos volver – Sergi

les hablaba mientras bajaba las escaleras de peldaño en peldaño, como un niño pequeño que quiere escaparse de su madre sin que se dé cuenta.

Al final, Silvia desistió y junto a Ricardo tomaron el camino que les llevaba a las escaleras.

- ¿Quién me molesta dando esos golpes en mi puerta? – una voz suave y aterciopelada les hizo detenerse a los tres.

Lo primero que le pasó por la cabeza a Silvia es que aquella mujer, bajita y encorvada, no encajaba con la imagen que se había hecho de ella por todas las cosas que había estado escuchando durante las últimas horas. Era una anciana de rostro terriblemente arrugado, de baja estatura debido al exceso de curvatura de su espalda (Silvia nunca había destacado precisamente por su altura, pero aquella anciana le llegaba por debajo de los hombros). Su sonrisa, amable, mostraba una dentadura desgastada en la que faltaban varias piezas. El pelo canoso de la anciana caía suave y liso por sus orejas, pero no por la frente, donde se intuía una poderosa calvicie repleta de manchas. Vestía de forma pobre y excesivamente recargada. Daba la impresión de que había comprado las peores prendas de una tienda de ropa de saldo en liquidación por cierre. Pese a su aspecto frágil, la anciana se movía con cierta agilidad. A Silvia (aunque se sintiera mal por ello), le recordó a los movimientos de una cucaracha, pues en pocos segundos ya la tenían justo a su lado, en el estrecho rellano. Lo que más le llamó la atención fue su mirada. En el centro de un rostro consumido, con la piel quebrada y seca, cubierta por gran cantidad de mugre, resaltaban dos círculos perfectamente azules, que destilaban una gran inteligencia. Le recordaban a los ojos brillantes de una pantera, que destacaban sobre el negro de la piel del animal. Silvia notó la mirada de Antònia sobre ella, penetrante, aparentemente capaz de leer sus pensamientos.

La anciana parecía más divertida que enojada con los reporteros, al contrario de todo lo que le habían dicho sobre ella. Enseguida se acercó a Ricardo y empezó a curiosear su cámara. Sergi iba bajando los peldaños poco a poco, sin poder dejar de observar la presencia de la anciana, como la presa que no quita ojo a su depredador, esperando que saltase a por ella en cualquier instante.

- Me gusta tu cacharro, ¿me lo puedes dar? – la voz de Antònia era un estruendoso chapurreo, con varios acentos juntos que Silvia no se veía capaz de identificar. Ricardo, sorprendido, apartaba la cámara del alcance de la anciana como podía. Cuanto más se resistía, más ágiles eran los movimientos de Antònia.

A Silvia se le iluminó el rostro con una idea que acababa de tener.

- Se lo podemos enseñar si no tiene inconveniente en que entremos en su casa.

La anciana se detuvo unos instantes, valorando la propuesta que le hacía la joven reportera.

- ¿A mi casa? ¿Queréis entrar en mi casa? – Antònia observaba de reojo al asustado Sergi -. No quiero que nadie vea mi casa.

- Sólo nosotros. Queremos saber cómo vive y su punto de...

- ¿Sois policías? No quiero policías en mi casa – pese a su frágil aspecto, Silvia se percató de que podía llegar a tener una voz contundente y autoritaria. Aquello era lo único que la hacía recordar todas las advertencias que había recibido sobre la mujer. Especialmente las de Lluís.

- No se preocupe, únicamente queremos hablar un momento con usted – Silvia desplegó sus mejores encantos, con un tono de voz amistoso y familiar. Antònia no mostró mucho interés en sus palabras, sino que se la quedó mirando, como si estuviera maquinando algo. Tras unos instantes, la anciana les hizo un gesto para que pasaran al interior de la casa. Sergi aprovechó para bajar un nuevo escalón. Ya estaba casi fuera de la vista de la anciana.

- Gracias, es usted muy amable – Silvia y Ricardo entraron en el piso. El joven cámara se tapó la nariz, después de que un fuerte y asqueroso olor a podrido llenase sus fosas nasales.

- Esto es asqueroso – le dijo en voz baja a Silvia.

Una vez entraron, Antònia se dispuso a cerrar la puerta. Sergi, terminó de bajar los escalones, aliviado.

- ¿Tú no entras? – escuchó una voz que venía del piso superior.

La anciana le observaba de forma penetrante, analizándolo de pies a cabeza. Las manos de Sergi empezaron a temblar de forma involuntaria. Tras unos

instantes aguantando la mirada de la anciana, no aguantó más y bajó corriendo los escalones de dos en dos hacia su piso, como alma que llevaba el diablo.

Con una amplia sonrisa de burla en su rostro, Antònia cerró la puerta de su piso.